



Invasión de la Encarnación

Esta columna apareció por primera vez en la Crónica Diocesana del 23 de Febrero de 2014.

En el Evangelio Jesús de Nazaret sale del anonimato a la dramática vida pública que será la suya hasta su último aliento. Con el arresto de Juan Bautista “Jesús comenzó a predicar.” Hizo suya la llamada de Juan al arrepentimiento, pero con notables adaptaciones. Juan incitaba a la gente a que fueran bautizados y le decía, “Vengan a mí” para ser lavados y purificados en el Jordán. Pero Jesús, por el contrario, les dice a unos cuantos elegidos, “Vengan en pos de mí.” Y “recorrió toda Galilea.” El suyo fue un mensaje en movimiento. Ponía en movimiento la vida de los que le seguían; pues él les prometió hacerlos “pescadores de hombres.”

Los 204 pueblos alrededor del mar de Galilea habían establecido una reputación de rebeldía bien merecida. Mitad judío y mitad gentiles, la región se vio oscurada por el paganismo. El profeta Isaías la llamó “tierra ensombrecida por la muerte” —una imagen conveniente del mundo en el poder oscuro del Diablo. Esta “Galilea de los gentiles” es el mundo que Jesús invadió con su predicación.

Me gusta pensar de la Encarnación como una invasión. Con el fin de derrocar el dominio del Diablo el Hijo de Dios tuvo que invadir sus dominios, al igual que los aliados tuvieron que invadir Europa en Normandía en 1944 para liberar a los pueblos cautivos. Hitler no pensaba que la invasión se produjera por allí; pues los aliados lo engañaron, haciéndole creer que entrarían por otros lugares. Como resultado, él

no envió suficientes tropas a Normandía para evitar que tomaran la playa.

Jesús aseguró la playa de la Encarnación en un lugar que Satanás no pensaba—en la oscuridad de un establo en Belén. Pero Herodes, el agente del Diablo, reaccionó rápidamente cuando los Reyes Magos del Oriente llegaron en busca del “Rey de los Judíos recién nacido.” Él mató a los Santos Inocentes y probablemente pensó que había repelido la invasión. No hubo nada en los próximos treinta años de la vida oculta del Hijo encarnado de Nazaret que hubiera despertado sus sospechas de nuevo.

De repente el Hijo Encarnado lanzó un ataque frontal contra el dominio del Diablo, anunciando la invasión en las palabras que Satanás más teme escuchar: “Arrepiéntanse, porque el Reino de Dios está cerca.” Las paredes han sido traspasadas; el cerco de Satanás se ha roto: otra autoridad está ganando terreno en su tierra. Un rey rival que dice: “Vengan, sigan a mí”. En esta guerra de liberación el Diablo, como Hitler con su “Fortaleza Europa,” establece barreras para frustrar la invasión. La primera es la ignorancia del poder y la gracia de Dios. El segundo es el miedo. La tercera es la enfermedad del cuerpo y de la mente.

El formidable asalto de Jesús a estas fortalezas comienza con su *enseñanza* en las sinagogas. “Conocerán la verdad”, asegura al ignorante, “y la verdad los hará libres.” Luego sigue la *proclamación* del Evangelio—la Buena Nueva de la invasión—a los que temen el futuro: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas.” El último baluarte del Diablo cae con la *sanación* de los enfermos y la expulsión de los demonios.

La guerra de liberación que se inició con la invasión de la Encarnación continúa hasta nuestros días, pero la victoria ha sido ganada. El Cordero que fue inmolado ha vencido a la muerte para siempre y ya comparte su triunfo

con aquellos que vienen “en pos de” El.

La victoria ha sido ganada, pero Satanás se niega a aceptar la derrota. Hitler también se negó a rendirse en 1945, y la guerra siguió y cobró muchas más vidas antes de que todos los cautivos pudieran ser liberados. Lo mismo sucede con la guerra de liberación que Jesús hace en nuestro favor. “Vengan en pos de mí”, dice. “Necesito que me ayudes a hacer nuevas todas las cosas. Necesito que me ayudes a ganar la batalla por la libertad gloriosa de los hijos de Dios.”